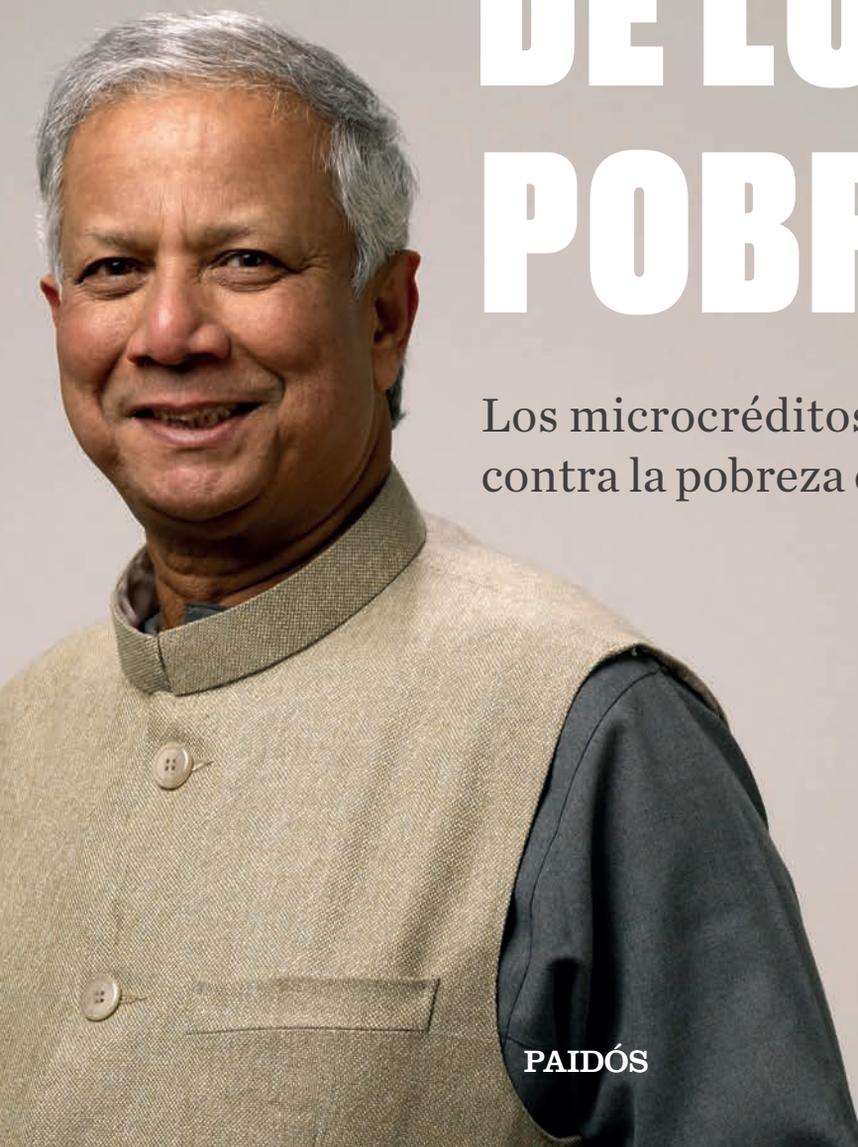


Muhammad Yunus

# EL BANQUERO DE LOS POBRES



Los microcréditos y la batalla  
contra la pobreza en el mundo

Edición revisada  
y actualizada por  
Lamiya Morshed

PAIDÓS

# Muhammad Yunus

Con la colaboración de Alan Jolis

---

## El banquero de los pobres

Los microcréditos y la batalla  
contra la pobreza en el mundo

Edición revisada y actualizada  
por Lamiya Morshed

PAIDÓS Estado y Sociedad

Título original: *Vers un monde sans pauvreté*, de Muhammad Yunus  
Publicado originalmente en francés, en 1997, por Éditions Jean-Claude Lattès, París

Traducción de Albino Santos Mosquera de la edición inglesa, *Banker to the Poor*, publicada  
en 1999 por PublicAffairs, Nueva York, y actualizada en 2005 por Lamiya Morshed

*1.ª edición, enero de 2006*

*1.ª edición en esta presentación, marzo de 2021*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Éditions Jean-Claude Lattès, 1997

© de la traducción, Albino Santos Mosquera, 2006

© de todas las ediciones en castellano,

Editorial Planeta, S. A., 2006

Paidós es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona, España

[www.paidos.com](http://www.paidos.com)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

ISBN 978-84-493-3792-5

Depósito legal: B. 1.242-2021

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Impreso en España – *Printed in Spain*

## SUMARIO

Introducción . . . . .	11
1. Boxirhat Road, nº 20, Chittagong . . . . .	15
2. Un bengalí en Estados Unidos . . . . .	25
3. De vuelta en Chittagong . . . . .	39
4. Las fabricantes de taburetes de la aldea de Jobra . . . . .	49
5. Nace un proyecto piloto . . . . .	63
6. La expansión traspasa los límites de Jobra: Tangail . . . . .	85
7. Nace un banco para los pobres . . . . .	111
8. Crecimiento y nuevos retos del banco para los pobres: 1984- 1990 . . . . .	125
9. Aplicaciones en otros países pobres. . . . .	143
10. Aplicaciones en Estados Unidos y en otros países ricos . . .	159
11. Grameen en la década de 1990 . . . . .	177
12. Más allá del microcrédito: una nueva constelación de empresas Grameen . . . . .	195
13. El Banco Grameen II . . . . .	211
14. El futuro . . . . .	221
Apéndices:	
Balance del Banco Grameen del año 2004. . . . .	239
Estado mensual de cuentas del Banco Grameen actualizado al mes de marzo de 2005 . . . . .	255
¿El Banco Grameen es diferente de los bancos convencionales? .	259
¿Qué es el microcrédito? . . . . .	263
Banco Grameen: información de contacto. . . . .	269
Índice analítico y de nombres. . . . .	271

## Capítulo 1

### BOXIRHAT ROAD, N° 20, CHITTAGONG

Chittagong, el mayor puerto de Bangladesh, es una ciudad comercial de 4 millones de habitantes. Yo me crié en Boxirhat Road, en el corazón mismo del viejo distrito comercial de Chittagong. Boxirhat Road, una calle profusamente transitada de un solo carril por la que apenas cabe un camión, conectaba el puerto fluvial de Chaktai con el mercado central de abastos.

Nuestro sector de la calle era el de Sonapotti, la zona de los joyeros. Vivíamos en el número 20, una pequeña casa de dos pisos en cuya planta baja, encajada justo debajo de nuestra vivienda, mi padre tenía un taller de joyería. Cuando era niño, mi mundo se llenaba del ruido y los gases del tráfico del exterior. Siempre había camiones o carros bloqueando nuestra calle y en todo el día no dejaba de oír las discusiones, los gritos y los bocinazos de los conductores. Aquello tenía mucho de ambiente de carnaval permanente. Cuando, hacia la medianoche, remitían por fin los reclamos en voz alta de los vendedores callejeros, los timadores y los mendigos que por allí pasaban, lo que se oía eran los sonidos del martilleo, el limado y el bruñido que salían del taller de mi padre.

En el piso de arriba, no ocupábamos más que una cocina y otras cuatro estancias: la habitación de mamá, la de la radio, la habitación grande y un comedor en el que desplegábamos una estera tres veces al día, una por cada comida familiar. Nuestra área de juegos era la azotea. Y, cuando nos aburríamos, solíamos pasar los ratos muertos observando a los clientes de la planta baja, o a los orfebres que trabajaban el oro en el cuarto de atrás, o contemplando las escenas callejeras que nunca cesaban de cambiar.

El número 20 de Boxirhat Road era ya la segunda ubicación que el negocio de mi padre había tenido en Chittagong. Tuvo que abandonar la primera cuando se vio afectada por una bomba japonesa. En 1943, los japoneses habían invadido la vecina Birmania y amenazaban toda la India. No obstante, en Chittagong, los combates aéreos nunca llegaron a ser intensos. En vez de bombas, los aviones nipones dejaban caer, sobre todo,

panfletos; desde los tejados, nosotros mirábamos admirados el descenso de aquellos papeles que flotaban como mariposas que se posaban suavemente sobre la ciudad. Pero cuando una bomba japonesa destruyó una de las paredes de la que ya era nuestra segunda casa, mi padre, por seguridad, nos trasladó de inmediato al pueblo de su familia, Bathua, donde yo mismo había nacido al inicio de la guerra.

Bathua está a unos 11 kilómetros de Chittagong. Mi abuelo era propietario de tierras en aquel lugar y gran parte de sus ingresos provenían de la agricultura; sin embargo, poco a poco, fue gravitando hacia el gremio de la joyería. Dula Mía, su primogénito (y mi padre), también se introdujo en el negocio de las joyas y pronto se convirtió en el más destacado fabricante y vendedor local de ornamentos de joyería para clientes musulmanes. Mi padre era una persona de buen corazón. Casi nunca nos castigaba, pero era muy estricto en lo tocante a nuestros estudios y a lo necesario que era que nos aplicáramos en ellos. Tenía tres cajas fuertes de hierro, de un metro y veinte centímetros de alto cada una, empotradas en la pared de atrás de su tienda, detrás del mostrador. Durante las horas de apertura del establecimiento, él dejaba las cajas abiertas. Recubierto de espejos y de anaqueles con muestrarios, el interior que se ocultaba detrás de aquellas pesadas puertas no parecía el de una caja fuerte, sino el de un elemento más de la decoración del local. Al llegar la hora del cierre, antes de la quinta oración del día, mi padre cerraba los cajones y las puertas de las cajas fuertes. Aún podría reconocer hoy el chirrido de aquellas bisagras mal engrasadas y el chasquido seco de las seis cerraduras de cada una de las cajas en el momento de cerrarse. Aquella sucesión de sonidos nos daba a mi hermano mayor, Salam, y a mí el tiempo suficiente para dejar lo que estuviéramos haciendo en aquel momento y abalanzarnos de nuevo sobre nuestros libros. En cuanto nos veía allí sentados leyendo, mi padre alegraba el semblante y decía: «Buenos chicos, sí, señor, buenos muchachos». Luego se encaminaba hacia la mezquita para el rezo.

Mi padre fue un musulmán devoto toda su vida. Peregrinó tres veces a La Meca y solía vestir completamente de blanco, con babuchas, pantalones, túnica y gorro de oración de ese color. Sus gafas cuadradas de pasta y su barba gris le conferían el aspecto de un intelectual, pero nunca fue un bibliófilo. Ocupado en su numerosa familia y su próspero negocio, tenía poco tiempo y poca propensión a repasar nuestras lecciones. Dividía su vida entre su trabajo, sus oraciones y su familia.

En contraste con mi padre, mi madre, Sofia Khatun, era una mujer fuerte y decidida. Era la que imponía disciplina en la familia; si empeza-

ba a morderse el labio inferior, sabíamos que ya no había manera de hacer que cambiara de opinión. Quería que todos fuéramos tan metódicos como ella. Ella fue probablemente quien más influyó en mí. Rebotante de compasión y ternura, mi madre siempre reservaba dinero para cualquier pariente pobre que nos visitara desde algún pueblo lejano. Fue ella, con su preocupación por las personas pobres y desfavorecidas, la que me ayudó a darme cuenta de mi interés por la economía y la reforma social.

Mi madre provenía de una familia de mercaderes y comerciantes menores que compraban y vendían productos de Birmania. Su padre era también propietario de tierras y las tenía casi todas arrendadas. Dedicaba la mayor parte de su tiempo a leer, a escribir crónicas y a comer bien. Esto último era lo que más encariñaba a sus nietos con él. En esos primeros años de vida, recuerdo que mi madre solía vestir un sari de colores brillantes y ribete de oro. Tenía un pelo de un intenso color negro azabache que siempre llevaba recogido en un voluminoso moño por detrás y que peinaba con la raya a la derecha por delante. Yo la quería mucho y era, sin duda, el que más veces tiraba de su sari pidiendo su atención. Sobre todo, recuerdo sus cuentos y sus canciones, como la trágica historia de Kerbala. Recuerdo que todos los años, durante el Muharram —la conmemoración musulmana de la tragedia de Kerbala—, le preguntaba a mi madre: «Madre, ¿por qué el cielo está rojo por este lado de la casa y azul por el otro?».

«El azul es por Hasán —me respondía— y el rojo por Huseín.»

«¿Quiénes son Hasán y Huseín?»

«Eran nietos de nuestro profeta —la paz sea con él—, las joyas de sus sagrados ojos.»

Y cuando concluía el relato de sus muertes, señalaba hacia el anochecer y explicaba que el azul de ese lado de la casa era el veneno que mató a Hasán y el rojo del otro lado era la sangre del asesinado Huseín. Siendo niño, el relato que ella hacía de aquella tragedia no me resultaba menos conmovedor que el de nuestra gran epopeya bengalí, el *Bishad Shindhu* («El mar de la congoja»).

Mi madre fue una presencia predominante en mis primeros años de vida. Cuando freía pasteles de pita en la cocina, todos nos arremolinábamos en torno a ella, pugnando por un pedazo. Nada más que hubiera deslizado su primera pita de la sartén al plato y hubiera empezado a soplar para enfriarla un poco, yo ya se la arrebatava para probarla, puesto que gozaba del honor familiar de ser su probador principal.

Mi madre también trabajaba alguna de las joyas que vendíamos en nuestra tienda. Solía dar un toque final a los pendientes y los collares añadiéndoles un diminuto lazo de terciopelo, un breve adorno de lana o unas hebras trenzadas de colores variados. Yo la observaba mientras labraba con sus largas y finas manos aquellos hermosos adornos. El dinero que ella ganaba con aquellos proyectos era el que luego donaba a los parientes, amigos o vecinos más necesitados que acudían a ella en busca de ayuda.

Mi madre tuvo catorce hijos e hijas, cinco de los cuales murieron muy jóvenes. Mi hermana mayor, Momtaz, que tenía ocho años más que yo, se casó siendo todavía adolescente. Solíamos visitarla en su nuevo hogar, en el límite exterior de la ciudad, y allí nos servía comidas abundantes. Salam, que me llevaba tres años, era mi compañero más próximo. Jugábamos a la guerra, imitando los sonidos de las ametralladoras japonesas. Cuando el viento era el apropiado, construíamos cometas llenas de colorido con grandes recortes de papel en forma de diamante y con palos de bambú. Una vez, mi padre compró en el mercado unos cuantos obuses japoneses desactivados y ayudamos a mi madre a transformarlos en macetas para las plantas de la azotea poniéndolos de pie sobre sus aletas, con el extremo más ancho mirando hacia arriba.

Salam y yo, como todos los niños de nuestro barrio de clase trabajadora, íbamos a la cercana Escuela Primaria Gratuita Lamar Bazar. Las escuelas bengalíes inculcan buenos valores en los niños y las niñas. Aspiran no sólo a conseguir un buen rendimiento académico, sino también a enseñar el orgullo cívico, la importancia de las creencias espirituales, la admiración por el arte, la música y la poesía, y el respeto por la autoridad y la disciplina. En la Escuela Primaria Gratuita Lamar Bazar, cada clase tenía, más o menos, cuarenta alumnos. Las escuelas de primaria y de secundaria no eran mixtas para niños y niñas. Todos los que allí estábamos, incluso el profesorado, hablábamos en el dialecto de Chittagong. Los buenos estudiantes podían conseguir becas y, a menudo, eran seleccionados para competir en exámenes de ámbito nacional. Pero la mayoría de mis compañeros de colegio abandonaron muy pronto los estudios.

Salam y yo devorábamos todos los libros y revistas que pasaban por nuestras manos. Las novelas policíacas eran mis favoritas. Llegué incluso a escribir una completa cuando sólo tenía 12 años. El problema era que no resultaba fácil saciar nuestra sed de lectura, así que, para satisfacerla, Salam y yo aprendimos pronto a improvisar, a comprar, a pedir prestado... y a robar. Por ejemplo, nuestra revista infantil favorita, *Shuktara*, celebraba un concurso anual. Los ganadores del mismo recibían una sus-

cripción gratuita y sus nombres salían impresos en el número correspondiente de la propia publicación. Yo elegí una vez al azar a uno de los ganadores y escribí al director:

Estimador señor,

Soy\_\_\_, ganador de su concurso, y nos hemos mudado a un nuevo domicilio. A partir de ahora, envíe, por favor, mi suscripción gratuita a Boxirhat Road, número\_\_\_.

No di nuestra dirección exacta, sino la de un vecino, para que mi padre no viera la revista. Gracias a aquello, cada mes, Salam y yo esperábamos en estado de alerta la llegada de nuestro ejemplar gratuito. Al final, la cosa funcionó a pedir de boca.

También pasábamos parte del día en la sala de espera de la consulta que nuestro médico de cabecera, el doctor Banik, tenía al doblar la esquina desde nuestra casa. Allí leíamos los diversos periódicos a los que él estaba suscrito. Aquella lectura independiente me resultaría enormemente útil con el paso de los años. Tanto durante la educación primaria como durante la secundaria, fui muchas veces el primero de la clase.

En 1947, cuando tenía 7 siete años, el «movimiento paquistaní» alcanzó su momento álgido. Zonas enteras de la India, de mayoría musulmana, luchaban por convertirse en un Estado islámico independiente. Como la mayoría de la población de Chittagong era también musulmana, sabíamos que la ciudad quedaría incluida en Pakistán, pero no estábamos seguros de qué otras zonas de la Bengala musulmana se incorporarían ni de cuál sería el trazado exacto de las nuevas fronteras.

Amigos y parientes debatían sin cesar en el número 20 de Boxirhat Road acerca del futuro de un Pakistán independiente. Todos éramos conscientes de que sería un país de lo más peculiar, ya que sus dos mitades (la occidental y la oriental) estarían separadas por más de 1.600 kilómetros de territorio indio. Mi padre, musulmán devoto, tenía muchos amigos y colegas hindúes que habían venido muchas veces a nuestra casa, pero, ya de niño, recuerdo haber palpado la desconfianza entre ambos grupos religiosos. Por la radio informaban de violentos disturbios entre hindúes y musulmanes. Por fortuna, poco de aquello había llegado hasta Chittagong.

Mis padres eran partidarios convencidos de la partición con respecto al resto de la India. Cuando mi hermano pequeño Ibrahim empezó a hablar, llamaba al azúcar blanco (que le gustaba mucho) «azúcar Jinnah» y al azúcar moreno (que no le gustaba para nada) «azúcar Gandhi». Mohammed Alí Jinnah era el líder del movimiento particionista del Pakistán y Gandhi, por supuesto, quería mantener unida a la India. Por la noche, mi madre mezclaba a Jinnah, a Gandhi y a lord Louis Mountbatten en nuestros cuentos para dormir. Y mi hermano Salam, a pesar de tener sólo 12 años, envidiaba a los chicos grandes del barrio que portaban la bandera verde con la media luna y la estrella blancas cantando «Pakistan Zindabad!» («¡Viva Pakistán!») por las calles.

A medianoche del 14 de agosto de 1947, el subcontinente indio, después de haber estado bajo dominio británico durante casi dos siglos, obtuvo la independencia. Lo recuerdo como si fuera ayer. Toda la ciudad estaba decorada con banderas y festones verdes y blancos. Afuera se oía el estruendo de los discursos políticos interrumpidos continuamente por el grito de «Pakistan Zindabad». Todavía no era medianoche y nuestra calle ya estaba abarrotada de gente. Nosotros lanzamos fuegos de artificio desde la azotea. A nuestro alrededor podía ver las siluetas de nuestros vecinos que miraban hacia lo alto para ver el cielo nocturno iluminado por aquellos cohetes al estallar. La ciudad entera palpitaba de entusiasmo.

Cuando ya eran casi las 12, mi padre nos hizo bajar a la propia Boxirhat Road. Aunque él no era ningún activista político, había entrado en la Guardia Nacional de la Liga Musulmana como gesto de solidaridad y aquella noche llevaba su uniforme, rematado con el característico «gorro Jinnah». Hasta mis hermanos pequeños, Ibrahim (de 2 años) y la todavía recién nacida Tunu, vinieron con nosotros. Justo a medianoche, se cortó la electricidad y la ciudad entera se sumió en la oscuridad. Cuando, al instante, volvieron a encenderse las luces, ya éramos un nuevo país. Un mismo eslogan resonaba atronador una y otra vez desde todos los rincones de Chittagong: «Pakistan Zindabad! Pakistan Zindabad!». Tenía 7 años, y aquélla era la primera inyección de orgullo nacional que había sentido en mis venas. Resultaba embriagadora.

Tras Momtaz, Salam, yo mismo, Ibrahim y Tunu, mi madre dio a luz a cuatro niños más: Ayub, Azam, Jahangir y Moinu. Pero cuando yo te-

nía 9 años, mi querida madre empezó a mostrarse irritable sin motivo aparente. Su comportamiento se volvió cada vez más anormal. En los períodos en los que estaba más tranquila, hablaba para sí diciéndose un cúmulo desarticulado de palabras sin sentido. Se sentaba durante horas y horas que pasaba rezando, leyendo la misma página de un libro o recitando un poema una y otra vez sin parar. En sus momentos de mayor perturbación, insultaba a la gente en voz alta y empleaba un lenguaje soez. A veces, dedicaba improperios a un vecino, a un amigo o a un familiar, pero otras despotricaba contra algún político o contra figuras históricas que habían muerto hacía tiempo. En su cabeza, se imaginaba enemigos y, entonces, sin apenas aviso, se volvía violenta. Muchas noches prorrumpía en gritos y empezaba a atacar físicamente a quien tuviera a su alrededor; yo ayudaba entonces a mi padre a contenerla o intentaba proteger a mis hermanos pequeños de sus golpes. Inmediatamente después de esas crisis, solía volver a ser la madre dulce y delicada que todos recordábamos, dándonos todo el cariño del que era capaz y cuidando de los más pequeños. Pero sabíamos que aquellas recuperaciones eran sólo temporales. A medida que su dolencia fue empeorando, fue perdiendo paulatinamente el contacto con nuestras actividades escolares y nuestros estudios.

Mi padre intentó curarla de todas las formas posibles. Pagó las pruebas médicas más avanzadas que se podían hacer en el país. Como la madre de mi madre y otras dos hermanas habían padecido enfermedades mentales, sospechábamos que su dolencia debía de ser congénita, pero ningún médico pudo nunca diagnosticarla. Desesperado, mi padre recurrió a remedios poco ortodoxos, como los tratamientos con opio, los conjuros e, incluso, la hipnosis. Pero mi madre nunca cooperó con ninguno de esos intentos y no funcionaron.

Por lo menos, a nosotros, los niños, aquellos tratamientos nos resultaban interesantes. Tras observar a un renombrado psicólogo aplicar sugerencias posthipnóticas a nuestra madre, realizábamos nuestros propios experimentos hipnóticos entre nosotros. También aprendimos a tratar su problema con cierto humor. «¿Cuál es el pronóstico del tiempo?», nos preguntábamos unos a otros cuando tratábamos de predecir el estado de ánimo de nuestra madre durante las horas siguientes. Para no provocar un ataque renovado de insultos, asignamos nombres en código para varias personas de la familia: Número 2, Número 4, etc. Mi hermano Ibrahim llegó incluso a escribir una pequeña y divertidísima sátira en la que nuestra casa aparecía caracterizada como una emisora de radio en la que nuestra madre siempre estaba «en el aire», emitiendo sus sermones

en diversas lenguas y estados de ánimo, y con «acompañamientos activos».

Quien brilló especialmente durante todo ese pesaroso período fue mi padre. Se adaptó a la situación con afabilidad y fortaleza de espíritu, cuidando a mi madre de todos los modos y en todas las circunstancias posibles durante los treinta y tres años que duró su enfermedad. Intentó comportarse como si nada hubiera cambiado y ella siguiera siendo la misma Sofia Khatun con la que se había casado en 1930, cuando él sólo tenía 22 años. Fue leal y bueno con ella los cincuenta y dos años de su matrimonio hasta la muerte de mi madre en 1982.

Aunque a nuestro padre no le dolían prendas a la hora de gastar dinero en nuestra educación y nuestros viajes, mantenía una economía doméstica extraordinariamente simple y nos daba muy poca paga. Cuando estudiaba secundaria, el estipendio mensual que recibía como ganador del Competitive Scholarship Examination (prueba competitiva para la obtención de becas de estudios) me proporcionaba algo de dinero de bolsillo, pero no el suficiente. Cuadraba cuentas recurriendo al cajón de las monedas sueltas de mi padre. Él nunca llegó a detectarlo. Además de nuestro ya tradicional interés por los libros y las revistas, Salam y yo empezamos a sentir debilidad por el cine y por comer fuera de casa. No éramos de paladares sofisticados. Mi plato favorito era el «potato chop», una patata asada rellena de cebolla frita y rociada de vinagre. Salam y yo lo comíamos acompañándolo con una taza de té de jazmín en un sencillo puesto de té que había al doblar la esquina desde nuestra casa. Nuestro padre no estaba enterado de estas incursiones nuestras.

La primera cámara que compramos Salam y yo era una muy sencilla de caja. Nos acompañaba a todas partes. Estudiábamos y planificábamos nuestros temas como los expertos: retratos, escenas callejeras, casas, bodogones. Nuestro cómplice en lo de la fotografía era el dueño de un estudio fotográfico cercano llamado el Mystery House Studio. Él nos dejaba usar su cuarto oscuro para revelar e imprimir nuestra película en blanco y negro. Probábamos efectos especiales e, incluso, retocábamos nuestras fotos en color.

Yo me acabé interesando por la pintura y el dibujo, y me hice aprendiz junto a un artista comercial a quien llamaba *Ustad*, o «gurú». En casa, colocaba mi caballete, mi lienzo y mis pinturas al pastel de manera que

podiera esconderlos de mi padre al momento. Como musulmán devoto que era, mi padre se oponía a la reproducción de la figura humana. Por suerte, algunos tíos y tías amantes del arte que había en mi familia ejercieron de coconspiradores míos y me ayudaron y animaron.

Como resultado no intencionado de aquellas aficiones, Salam y yo nos interesamos también por las artes gráficas y el diseño. También comenzamos una colección de sellos y convencimos a un tendero vecino para que expusiera nuestra caja de sellos en el escaparate de su establecimiento. Junto a dos tíos nuestros frecuentábamos los cines y los teatros: veíamos películas hindís y de Hollywood, y cantábamos las canciones románticas de corte folclórico que tan de moda estaban por aquel entonces.

La Chittagong Collegiate School (mi instituto de secundaria) era mucho más cosmopolita que mi escuela de primaria. Mis compañeros de clase eran principalmente hijos de funcionarios del gobierno destinados a nuestra provincia desde otras zonas del país y el centro ofrecía una de las mejores formaciones de todo el Estado. Pero lo que más particularmente me atrajo fue el programa de los Boy Scouts. El local de los *scouts* era mi refugio habitual. Yo y otros chicos de otros institutos participábamos en entrenamientos, juegos, actividades artísticas, debates, excursiones campestres, espectáculos de variedades y reuniones. Durante la «semana de ingresos» recaudábamos dinero vendiendo productos en la calle, haciendo de limpiabotas y trabajando como vendedores en puestos de té improvisados. Aparte de la diversión, el esculismo me enseñó a ser compasivo, a desarrollar una espiritualidad interior y a apreciar a mis congéneres humanos.

Recuerdo, en particular, un viaje en tren cruzando la India para acudir al Primer Jamboree Scout Nacional del Pakistán en 1953. En el camino, fuimos haciendo varias paradas para visitar diversos lugares históricos. Cantamos y jugamos la mayor parte del tiempo, pero frente al Taj Mahal, en Agra, sorprendí a nuestro director ayudante, Quazi Sirajul Huq, sollozando en silencio. Sus lágrimas no habían sido motivadas por el monumento, ni por los famosos amantes allí enterrados, ni por la poesía grabada en aquellas paredes de mármol blanco. Quazi Sahib dijo que lloraba por nuestro destino y por la responsabilidad histórica que nos había tocado soportar. Aunque yo sólo tenía 13 años por aquel entonces, su apasionada explicación me produjo un hondo impacto. Gracias a su estímulo, el esculismo empezó a permear mis demás actividades. Yo siempre había sido un líder natural, pero la influencia moral de Quazi Sahib me enseñó a pensar en metas más elevadas y a encauzar mis pasiones.

En 1973, durante los meses caóticos que siguieron a la guerra de Liberación de Bangladesh, visité a Quazi Sahib junto a mi padre y a mi hermano Ibrahim. Bebimos té y hablamos de la agitación política que nos envolvía. Un mes después, mientras dormía, Quazi Sahib, que ya era un anciano débil y delicado, fue brutalmente asesinado por su criado, quien le robó una pequeña suma de dinero. La policía nunca atrapó al asesino. La noticia me sumió en una profunda desolación. Logré comprender, retrospectivamente, que sus lágrimas frente al Taj Mahal habían sido proféticas tanto de su propio sufrimiento como de aquel que se cernía sobre el pueblo bengalí.